

La escuela como mercado lingüístico

Gloria Borioli *

La vastedad y la transversalidad de las aportaciones de la teoría de Bourdieu han permitido que sus conceptos iluminaran el derrotero de las ciencias sociales en distintos campos y problemas, de manera tal que hoy sus marcos resultan insoslayables a la hora de abordar cuestiones tan diversas como la antropofagia del capitalismo, los aparatos de control del Estado o las luchas por el discurso. En este sentido, la educación configura un ámbito privilegiado, ya que sus actores, objetos e instituciones se nos aparecen como zonas sometidas a una nueva mirada que complejiza asedios teóricos precedentes y que articula saberes, haceres y decires desde diversos paradigmas.

Es por ello que en la presente reseña procuramos revisitar dos cuestiones abordadas en trabajos precedentes tales como *El enseñante de lengua hoy. Un nuevo significado para un viejo significante*, ponencia presentada en las Segundas Jornadas de Investigación en Educación (UNC, noviembre 2001), *Las afecciones de la significación del enseñar a enseñar lengua*, trabajo de cierre del curso de posgrado sobre Medios de comunicación y significación dictado por el Dr. Raimundo Mier de la UNAM (julio 2001), *La práctica docente como espacio de poder y sujeción* (en prensa) y *El docente de lengua en la escuela pública cordobesa actual. Una cartografía de tensiones y anudamientos*, ponencia presentada en el Cuarto Congreso Nacional de Didáctica de la Lengua y la Literatura (UNC y UNLa Plata, nov. 2001).

La primera de las cuestiones seleccionadas es el enseñante de lengua, que puede operar como dispositivo de reproducción o bien de transformación social, por sus "capacidades de producción (lingüísticas) socialmente clasificadas"; la segunda, el concepto bourdieusano de "mínimo vital lingüístico", es decir la parcela idiomática cuya apropiación por parte del alumno configura un objetivo central del CBU.

Numerosas son las aportaciones de la teoría de Bourdieu a una multiplicidad de los ámbitos de acción humana, que van desde las encuestas de opinión hasta el mundo de la alta costura. Y dentro de los escenarios actuales, es la educación un lugar privilegiado en el que se

* Licenciada y Profesora en Letras Modernas. Profesora en la cátedra Didáctica Especial para la carrera de Profesorado en Letras Modernas. Escuela de Ciencias de la Educación, FFyH, UNC. E-mail: gloriaborioli@sinectis.com.ar

atan algunos de sus conceptos clave, tales como campo, *habitus* y capital. Es por ello que aquí, soslayando adrede algunas socorridas y a veces epidérmicas consideraciones y utilizaciones en torno de "lo social hecho cosas" y "lo social hecho cuerpo", hemos seleccionado sólo dos de nuestros focos atencionales: uno vinculado con un sujeto –el docente de lengua- y otro, con un problema de la didáctica de la lengua -el "mínimo vital lingüístico"- . Se trata, obviamente, de temas profundamente imbricados, que sólo deslindamos por razones expositivas, a los efectos de puntualizar y recuperar –ya que no cubrir ni descubrir- ideas axiales del corpus bourdieusano que nos han posibilitado un nuevo asedio a la lengua de reflexionar sobre las prácticas y los actores sociales.

Para contextualizar el campo de intervención que referimos, es necesario recordar que el docente de lengua de EGB ha sufrido, desde el advenimiento de la transformación educativa, numerosos y dispares impactos que van desde el aumento de su carga horaria hasta la reformulación del objeto de conocimiento, impuesta por el cambio de paradigma epistemológico. A partir de la incorporación de marcos teóricos hasta entonces circunscriptos a la academia, este agente puede ser leído como un cuerpo en el que se escribe una de las tantas contradicciones del neoliberalismo actual, puesto que constituye a la vez un objeto y un sujeto de poder. Por una parte se trata de un actor asediado por los procesos no sólo de cambio social, sino también de enfoques pedagógico-didácticos y disciplinares y de micropolítica escolar. Pero por otra parte está dotado de una particular "competencia estatutaria" (*¿Qué significa hablar?...*) que determina la eficacia de su discurso: el grupo al que verbaliza lo ha investido de un (bio) poder que remite al instrumento mismo de intercambios, a la herramienta de autoexpresión. En este sentido plantea Bourdieu que el lenguaje, al igual que otras producciones simbólicas, cumple "su función política de instrumento de imposición o de legitimación de la dominación" (*Intelectuales, política y poder*: 69), tornando aceptable lo que Weber llamó "la domesticación de los dominados".

La condición favorecida de este actor social aparece edificada sobre varios pilares. En efecto, el docente de lengua suele gozar de una cierta autoridad que le facilita poner en discurso sus representaciones con una particular competencia comunicativa y, por esta misma razón, suele asimismo ser pensado como recurso intra e interinstitucional, ya que a la hora de establecer contactos con aparatos burocráticos o textualizar acuerdos escolares, el colectivo lo considera un dispositivo poderoso por sus condiciones de apropiación del lenguaje, avaladas por el estatuto casi mágico del nombramiento oficial. La naturalización de este comportamiento escolar obedece al peso que el corpus social asigna a la

posesión del capital lingüístico, que configura un recurso concentrado y diferenciado posibilitador de múltiples accesos e intervenciones "dichosas" en distintos lugares sociales: eficacia del discurso ritual y "dominio refinado de la lengua" (*Cosas dichas*: 136) que dan cuenta del estado de las relaciones de poder simbólico.

En este mismo orden de cosas, la homogeneización cultural y lingüística propiciada y vehiculizada por el enseñante, provoca la imposición de la lengua y de la cultura dominante y la relegación de las demás, de manera que ciertos lectos (i.e. las variaciones del código que dependen del hablante) son anatematizados en circunstancias oficiales y en registros escritos, por estimarse poco prestigiosos, minusválidos, insuficientes. (*¿Qué significa hablar?...*)

Esa violencia simbólica que opera tachaduras y subalternizaciones en los comportamientos lingüísticos de los sujetos es avalada por el Estado. Sus aparatos han conferido al profesor una acreditación curricular y una designación ministerial que lo habilitan como agente privilegiado del discurso, es decir como legislador y juez que sentencia actuaciones del estudiante y que puede por ende avalar o condenar intervenciones. Legible como engranaje al servicio del sistema, el docente tiende a repetir el orden estatal y estatuido (*La reproducción...*). Sin embargo, existen intersticios a través de los cuales puede disentir con "la historia oficial" y jugar en estas luchas simbólicas, reconociendo también la palabra diferente, dialectal, periférica. Es que "los agentes sociales no son partículas mecánicamente arrastradas y empujadas por fuerzas externas. Son, más bien, portadores de capital" capaces de conservar o de subvertir el orden dado (*Respuestas*: 72). Yendo un poco más lejos y corriéndonos de Bourdieu para llegar a nuestro aquí y ahora, si es que se pueden hacer cosas con palabras, el docente deviene actor social de peculiar relevancia en una coyuntura como la actual, en que la sociedad procura modos alternativos de expresión que permitan que los más -los más numerosos, los más desfavorecidos, los más marginalizados- griten sus verdades.

Entramos así a nuestro segundo eje de análisis. Fuertemente atado a las reflexiones anteriores, el "mínimo vital lingüístico" -que podría definirse como la porción del sistema de signos de uso comunitario que habilita al sujeto para intercambios cotidianos eficaces- aparece como una cuestión que amerita no sólo una consideración disciplinar y académica, sino también una toma de conciencia que comprometa al enseñante en todas sus dimensiones, ya que esa parcela léxica que el estudiante debe adquirir tiene múltiples derivaciones en su vida emocional y comunitaria (*¿Qué significa hablar?...*). La escuela respalda, según los requerimientos de la clase hegemónica y del mercado cultural, una

cierta lengua considerada legítima e impuesta por el poder hipnótico de la dominación. Ese código estándar y fetichizado que se emplea en la política y en las comunicaciones es el baremo de todas las prácticas lingüísticas. Fabricado por la institución educativa, es un capital lingüístico que incardina en una lógica reproductivista, ya que depriva a algunos hablantes y alienta a otros e instaure categorías de locutores. De este modo la lengua es un instrumento de beneficio simbólico y una mercancía que retraduce el sistema de diferencias sociales. Sin embargo, esa lengua oficial no se cuestiona y goza de aceptabilidad generalizada porque "se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica" (*La dominación masculina*: 22) que asegura así el dominio de una clase sobre otra. Dicho de otro modo, al jerarquizarse capitales lingüísticos, también se preconditionan modalidades de inserción laboral mediante una "forma eufemizada de las luchas económicas y políticas" (*Intelectuales...*: 71) que enmascara sistemas de clasificación social.

Ahora bien, ¿cómo impactan estas consideraciones nuestro accionar en la escuela y en la academia? La "autoridad pedagógica y (la) autoridad del lenguaje" (*La reproducción*: 158) constituyen dos ejes sobre los cuales pivotea nuestra práctica y por ello estimamos que merecen una detenida autoobservación y autorregulación. Nuestros procedimientos de fetichización de la lengua legítima y nuestras ilusiones de ser comprendidos y de comprender configuran espacios de "reflexividad antinarcisista" (*Respuestas*: 46) que los docentes de todos los campos debemos generarnos; tanto más, si sostenemos con Bruner que la función del maestro es "concienciar e informar sobre los modos de dar sentido al mundo".

Para concluir: Pierre Bourdieu ha analizado una serie de supuestos implícitos que nos permiten desmontar las lógicas subyacentes a los modos de producción y distribución simbólica de lugares sociales. En este sentido, la apropiación diferenciada del capital lingüístico que los agentes ponen en juego en las interacciones sociales, obliga a todo enseñante a revisar sus estrategias de intervención didáctica para facilitar desde cada cátedra la toma de la palabra y de las palabras, la deconstrucción de los procesos de legitimación de ciertos discursos y la gestación de dispositivos de una genuina transformación social en la que muchos puedan hacer de su voz un instrumento de cambio.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1985): **¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos.** Akal, Madrid.
- _____ (1988): "Los modos de producción de opinión". en: **La distinción.** Taurus, Madrid.
- _____ (1988): **Cosas dichas.** Gedisa, Barcelona.
- _____ (1990): **Sociología y cultura.** Grijalbo, Méjico.
- _____ (s/d): **La nobleza del Estado. Grandes Ecoles y espíritu de cuerpo (mimco)**
- _____ (1997): **Razones prácticas.** Anagrama, Barcelona.
- _____ (1999): **La dominación masculina.** Anagrama, Barcelona.
- _____ (2000): **Intelectuales, política y poder.** Eudeba, Bs.As.
- _____ y Wacquant, L. (1995): **Respuestas. Por una antropología reflexiva.** Grijalbo, Méjico.
- _____ y Passeron, J. C. (1995): **La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza.** Fontanara, Méjico.
- Gutiérrez, A. (1994): **Pierre Bourdieu: las prácticas sociales.** CEAL, Bs.As.

